

Solemnidad de Pentecostés
Homilía del Ministro general, Fr. Michael A. Perry, OFM
24 de mayo de 2015

Justo en la habitación superior, en el Cenáculo, los Apóstoles, algunos familiares y un grupo de mujeres se habían reunido para evitar ser descubiertos por los guardias del Templo que los estaban buscando. Tal vez se trataba de los mismos guardias que habían arrestado a Jesús y lo habían llevado a juicio, a la sentencia y a la ejecución de la condena a muerte. En los *Hechos de los Apóstoles*, Lucas aclara que los que estaban reunidos en la habitación del piso de arriba estaban llenos de miedo buscando seguridad en ellos mismos, estando con las puertas cerradas.

Pero no todos los que estaban allí, en la habitación del piso de arriba, tenían las mismas ideas. En primer lugar, sabemos que había tres grupos distintos: los Apóstoles, los familiares de Jesús y el grupo de las mujeres, entre los cuales estaba María, la Madre de Jesús. En segundo lugar, no tenían ni compartían la misma opinión acerca de la identidad de Jesús. Además, no todos estaban convencidos de que había resucitado de entre los muertos, como algunas de las mujeres y de los Apóstoles sostenían. La tumba vacía, el discurso de María Magdalena, quien dijo haber encontrado a Jesús que parecía un jardinero, y la narración de los dos de Emaús, que afirmaban de haberlo reconocido en la fracción del pan, no eran elementos suficientes para convencer a todos los que se habían reunido en el Cenáculo que su Maestro y Señor crucificado estaba realmente vivo. Por otra parte, había rivalidades entre los parientes de Jesús y los Apóstoles: cada uno de ellos, de hecho, estaba buscando un lugar de honor; y esto, como sabemos, se traducía en una fuerte sed de poder. Una cosa, sin embargo, tenía en común y era lo siguiente: la firme convicción de que las puertas bien cerradas los habría mentenido a salvo, al menos temporalmente, y los habría salvado de las fuerzas destructivas y negativas de la que se sentían amenazados.

Y, una vez más, justo en esta situación de miedo, tensión, división y confusión Dios viene, se hace presente y va al encuentro de los Apóstoles, de los familiares de Jesús, de María y del grupo de mujeres que lo habían seguido. Un ruido impetuoso y penetrante se hace camino en sus corazones cerrados y llenos de temor. Es el ruido del amor, de la misericordia y del perdón de Dios que irrumpe en sus vidas. El fuego, símbolo del poder y de la luz, que desciende sobre cada uno los sustrae de la oscuridad y de la duda que los consume y abre sus mentes una vez más a la verdad del amor incesante y del perdón tenaz de Dios por cada uno de ellos. Liberados del miedo y de la duda, pueden percibir la alegría inmensa que nace de reconocer su *status* de hijos amados de Dios, llamados a vivir una vida verdadera y de santidad. Por esta razón, su boca se derrite y desborda en una canción que proclama todas las obras que Dios había hecho y seguía haciendo en sus vidas y en las que los rodeaban.

Las diferentes lenguas en las que se expresan son una manifestación de las muchas maneras en que Jesús ha tocado y cambiado sus vidas. Es esta diversidad de experiencias que crea en ellos una conciencia de la armonía y de la unidad en la que son llamados. Esta diversidad no se puede reducir a la uniformidad, sino que debe ser expresada por cada creyente que, de manera personal, se descubre capaz de proclamar que Dios está vivo en su corazón y sigue obrando milagros de gracia y de paz.

Ya no es el temor el que mantiene unidos a los que estaban reunidos en el Cenáculo, sino la experiencia de la gracia de Dios, una gracia experimentada en un precioso encuentro personal con el Señor Jesús, que cada uno de ellos había vivido en su propio camino existencial. Ese encuentro personal con Jesús los llevó a aceptar la misericordia y el amor de Dios y a seguir las huellas de su Maestro y Señor. Pero algo más ha sucedido en el corazón de cada uno de ellos: ya no se sienten prisioneros del pasado, ni de sus fracasos, experimentados en su intento por seguir al Señor Jesús. Ya no están atrapados por el miedo a ser rechazados. Y

tampoco tienen temor de empezar a confiar de nuevo en Dios y entre sí. El Espíritu de Dios los ha liberado para salir de las puertas cerradas y enrejadas del Cenáculo, para salir del miedo mutuo y para liberarse del miedo a ser rechazados por el mundo.

A causa de esta nueva libertad que encontraron en el Espíritu, pudieron una vez más abrirse al misterio de la gracia de Dios, a la llamada para seguir a su Señor y Maestro sin reservas, y para compartir sus propias historias de amor, misericordia, paz, alegría y esperanza con todos los que se encontraban en el camino. Es esta recién encontrada libertad, una libertad enraizada en el amor y la misericordia, la que comprendieron las multitudes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, del Ponto y Asia y de todos los lugares.

Los que estaban reunidos en el cenáculo hablaban la lengua más profunda del corazón humano, la lengua del hambre y la sed de comprender el perdón y el amor. Todos y todas les oían hablar en su propia lengua" (*Hch 2,6*). Así todos los presentes experimentaron una santa novedad en sus vidas.

En su homilía en la Misa de Pentecostés de 2013, el Papa Francisco nos desafiaba a abrir nuestros corazones a las tres dimensiones del Espíritu reflejadas en la gran fiesta que celebramos hoy. En primer lugar, somos convocados a ser personas abiertas a la novedad del Espíritu que nos invita a esperar con ansia el futuro con ojos de fe. Estamos llamados a ser personas atrevidas que miran hacia el futuro, no congeladas o paralizadas en nuestro pasado o en nuestro presente. En segundo lugar, estamos llamados a compartir la abundante diversidad de nuestras experiencias vitales individuales de Dios, a compartir nuestra vida con los demás y a no reducir nunca nuestro deseo de comunión fraterna a un mero conformismo so pretexto de satisfacernos mutuamente.

Esto se aplica igualmente a las familias. La armonía a la que estamos llamados es el resultado de la gran diversidad presente en todos nosotros y es el fruto del Espíritu de Dios, no de nuestros esfuerzos por reducir todo a uniformidad y conformidad. Las luchas y dificultades que experimentamos pueden ser momentos de gracia si tratamos de comprenderlos con unos ojos de fe.

Y en tercer lugar, es la experiencia de libertad la que nos permite, es más, nos obliga, a estallar cantando, dando testimonio de la gloria de Dios que opera en nosotros, en nuestras fraternidades, nuestras familias, con la Orden y con toda la Iglesia. Pero para que esto suceda debemos permitir a Dios que lleve a cabo Su obra de restauración en y entre nosotros. Si dejamos que ocurra esto, seremos personas de Pentecostés.

Que el fuego del Espíritu arda en todos nosotros, nos libere de todo temor, y nos permita salir al mundo entero con fe y alegría, anunciando con alegría la verdad que Jesús promete a todas las personas y a toda la creación. "Veni, Sancte Spiritus!" ¡Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor!

